



Crónica Literaria

Cartas de Amor de Gabriela Mistral

Por Alone

Confesaré que, en el primer momento, las cartas de Gabriela a Magallanes Moure me produjeron estupor. Creo que igual los pasará a quienes la conocieron en persona.

Había en su mirada, en su andar algo tan grave, acompasado, casi eclesiástico, que cuesta imaginársela arotada por el vendaval de la pasión, perdido el ritmo, deshechos el compás y la figura. Sólo una estampa trazada al pasar en *Una Mujer Irreverente*, de María Vergara, dejan sospechar la posibilidad de una Gabriela muy distinta, estremecida y estremecedora.

Sin embargo, partiendo de sus versos, de *Los Sonetos del Ruigo*, de *Interrogaciones*, ¿qué más natural? Ahí y en otros del mismo volumen, están esas voces como no las había dado tales la lengua española.

Pero un epistolario es otra cosa. Eso es lo que tiene de terrible. Los versos, como la prosa artística, se parecen a la verdad: las cartas "son" la verdad misma, audible y palpable; tenemos delante a un muerto que ha resucitado y toma la palabra.

De ahí el estupor.

No deja, asimismo, de sorprender un poco el hecho inicial de ver a Gabriela, todavía Lucila de 15 años, ya maestra primaria, sostener una ardiente correspondencia con un rico hacendado cuarentón al que llama "mi Alfredo". Esas cinco cartas dan para un poema.

Pero dejemos a Sergio Fernández el retrato de este galán que sobrepasa los cuarenta.

De rancia estirpe coquimbana, dueño de vallesas viñas, era "hombre fino, de maneras exageradamente delicadas y "femeniles" que se contradecían con la fama que tenía de gran seductor de damas de la región y de otras que llegaban desde Santiago". "... Era Alfredo amante de las cosas bellas y viejas. Tenía alma de antiquario, Romántico, pintor y pianista. Interpretaba fielmente a Chopin..."

Si se piensa que entonces Gabriela, como gran parte de la juventud de la época, admiraba fanáticamente a Vargas Vila, se reconocerá el peligro en que estuvo y si Alfredo no consiguió sus fines es porque Lucila merecía ya el calificativo que, por interposición persona, le aplicaría Scarpa de ser *Una Mujer Nada de Tanto*.

Las cartas a Magallanes muestran que la "mujer nada de tanta" tenía, cuando le tocaban la cuerda amorosa, una violenta propensión a perder la cordura y volverse completamente loca.

Pero, al mismo tiempo, extrañamente lúcida, se autoanaliza con implacable crueldad, como si gasara depurándose.

Léase la carta III. "Siempre lo vi como Ud. se me presenta con un alma no viril (por virilidad entienden casi todos la rudeza) y sufre siempre que va por sus

venas no la sangre espesa que dan las pasiones comunes, los celos, los rencores, sino un zumo azul de ansiedades exprimidas... ¡El caso mío es tan diverso! Yo nací mala, dura de carácter, egoísta enormemente, y la vida exacerbó esos vicios y me hizo diez veces dura y cruel. Pero siempre hubo en mí un clamor por la fe y por la perfección, siempre me miré con disgusto y pedí vol verme mejor".

Alma naturalmente religiosa, anhela confesarse y que venga a ella el perdón, olvidando la frase de Pascal: "No me buscarás si no me hubieras encontrado, no te inquietes, pues..."

Pero tenía anclada demasiado adentro la inquietud: el pesimismo, la desconfianza la rodea y se aferra a ese horizonte negro como la única verdad, negándose a todos los dones magníficos que al avanzar la vida encontraba.

"Me han hecho tanto mal en mi vida —le dice en la carta VI—. Agregue a eso la convicción sencillamente horrible que tengo sobre mí: nadie me quiso nunca y me iré de la vida sin que alguien me quiera ni por un día".

No se necesita ser gran psicólogo para calcular el efecto de estas ligübres imágenes repetidas. A ella tampoco se le oculta lo que tienen de mortosa y obsesivo; porque lo más triste y desconcertante del caso es la coexistencia en el alma de Gabriela de una especie de masoquismo alucinatorio combinado con delirio de persecución y una gran lucidez y nobleza de sentimientos.

El año 51, invitado por ella con muchas instancias, hice el viaje a Nápoles y pasé algunos meses en la vía Tasso 220, donde ella había establecido su consultorio ambulante. Adehinada por la diabetes, alta y derecha, con el cabello gris y el cutis terso, un poco más estilizada en el vestir, de acuerdo con el Premio Nobel, era una figura que llamaba la atención en la calle, particularmente en Nápoles, ya que había luchado en Estocolmo para obtener la magna distinción para Benedetto Croce, su filósofo favorito.

En Chile se libraba la batalla electoral por la presidencia entre Ibáñez y Arturo Matte. Yo creía seguro a este. Gabriela, por los datos que proporcionaban los chilenos visitantes y también por su entrañable pesimismo, pronosticaba la victoria de Ibáñez, quien lo primero que haría sería quitarle su puesto (que ocupaba por una ley especial), y como una secretaria le había robado los dólares del Nobel, tendría que volver a hacer clases y estar obediente a la aborrecible campanilla...

No tenía remedio.

Sus confesiones del epistolario muestran hasta qué honduras llegaba el mal y darán imprevisto trabajo a la futura crítica.

Cartas de amor de Gabriela Mistral [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cartas de amor de Gabriela Mistral [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile